

LA CAMPANA DE ECHÁBARRI

(LEYENDA)

A la memoria del buen alavés Felipe G. Zárate

HOMBRE corpulento, fornido, noblote, era el buen Felipe; labrador acomodado, persona inteligente, laboriosa, y como tal, unánimemente estimado en toda la municipalidad de Cigoitia, a cuyo frente, había de manera leal desempeñado la alcaldía en no lejana época, y más tarde, la Procuraduría de Hermandad. Ello, a pesar de no pertenecer a bandería política alguna, si bien en época de elecciones, veíasele afanoso propagar al candidato o candidatos que, a su juicio, mejor pudieran laborar por las nobles aspiraciones del país.

Ecónomo de Echábarri, pueblo de la naturaleza y residencia de Felipe, era a la sazón, un ejemplar sacerdote vizcaíno, sencillo y cariñoso en su trato, pero enérgico, como su corpulencia; hombre servicial y afable; verdadera providencia de la aldea, al que, para todo acudíase en consulta, pues su recta intención, buen criterio y mejor deseo, para todo daban luces, siendo unánimemente acatadas sus decisiones y seguidos al pie de la letra sus imparciales y sanos consejos.

Barrecochea, que así (o parecidamente) apellidábase nuestro Ecónomo, era por igual, sin preferencias, amigo fiel de todos sus feligreses, sabiendo de cada uno hacerse querer y respetar, debido a su gran tino y perspicacia.

No valían ante él las tretas, argucias, marrullerías, ni deslealtades pueblerinas, que no quería dejar pasar desapercibidas. Las cosas claras y los hombres sinceros. Tal era su norma de conducta, predicando con el ejemplo.

Era el caso, que, Echábarri, tenía (y tiene por fortuna) hermosa iglesia y magnífico campanario; pero ¡ah!, las campanas de éste, rajadas, sonaban a caldero, completamente desacordes, desluciendo las solemnidades religiosas, y rebajando la categoría de la aldea en forma por demás humillante.

Contábase de antaño, que, cierto día de tempestad extraordinaria (allá iba para mucho tiempo), un rayo, que también originó desgracias personales, hizo la fechoría de devastar la cúpula de la magnífica torre parroquial, y rajar la mejor de sus campanas, la solemne, la garbosa, la garbancera; la que anunciaba las solemnidades, doblaba triste por los muertos y realizaba bodas y bautizos.

Felipe, jamás resignado con la falta, en su parroquia, de tan esencial como indispensable elemento para la mayor solemnidad de toda fiesta, discurría constantemente ayudado por el cura, acerca de la forma de procurárselo. Pero el picaro dinero que completamente escaseaba en la Caja de Fábrica, y además, la poquedad de recursos en la mayoría de las casas de sus convecinos, hacían que el proyecto, día tras día, permaneciera sobre la mesa, sin vía de fácil solución.

Mas he aquí, que, como en este mundo, excepción hecha de la muerte, todo tiene remedio, llególe el turno al proyecto de Felipe, merced al donativo obtenido del Obispado, para tal objeto, por el señor Cura, y gracias a ciertos recursos conseguidos por Felipe, de la Diputación. Esto, sin contar con el apoyo pecuniario para esa y otras cosas en firme prometido por un magnánimo prócer alavés.

Y vinieron los cálculos y se hicieron tanteos, y estudiáronse proyectos, adjudicándose la fundición de la nueva campana a una antigua casa de la capital alavesa, con encargo expreso de que, el contrato, precisamente habría de estar cumplido para la víspera de la Asunción, fiesta mayor y titular de Echábarri.

Llegada una tarde, la designada para la operación de descender la vieja campana que iba a ser en breve plazo refundida, allí estaba Felipe, puntual, satisfecho, gozoso, en el sitio más peligroso de la faena ayudando solícito, con su personal esfuerzo, a la realización de tarea tan difícil, como indudablemente aquélla era.

Tarde memorable en verdad, por lo que apuntado queda y..... por el Norte helador con que ¡caramba!, el vecino Gorbea, apresurábase a entoldar de la clásica, plomiza y tupida niebla, el firmamento, en el que, hasta horas antes, un sol primaveral lució esplendente fecundando con sus rayos los campos que prometían cosecha abundantísima.

No hay para qué decirlo, la arriesgada operación llevóse a cabo con la pericia de siempre, como no podía menos de ser así, dada la competencia y práctica de los afamados campaneros vitorianos.

Pero es lo cierto que, nuestro buen Felipe, a partir de aquella fe-

cha, ya no tuvo cosa buena. Su salud a prueba de bomba, su naturaleza de acero, su resistencia hercúlea (a pesar de los años), resintiéronse de modo grave. ¿Por algún resfriado? ¿Quizá a causa de algún esfuerzo excesivo? No se sabía.

Y era lo peor, que, nuestro hombre, rebelde siempre a la inacción, nada familiarizado con la vagancia, lejos de hacer cama y cuidarse, como así lo demandaban las circunstancias, pretendía seguir, y seguía, en efecto aquella su cotidiana vida de constante actividad; pero sentíase sin gusto, sin estímulo, sin fuerzas; se ahogaba; indudablemente, decía, algo debo de tener aquí adentro, en el corazón; no sé qué es, pero mina mi existencia a paso de gigante, algo hay contra lo cual me parece no va a haber ya remedio fácil.

Así pasó Junio; transcurrió Julio; aproximábase la fiesta mayor y llegó por fin el anhelado día de que la nueva campana recorriera triunfal, transportada en el carro de labor que Felipe cedió, la distancia mediante de la casa fundidora en que en Vitoria hubo de recogerse, por mandato del Cura, hasta el lugar del emplazamiento en la torre de Echábarri, pudiendo ser en ésta felizmente colocada con el esfuerzo y precauciones consiguientes, no sin la previa lata discusión suscitada por los feligreses acerca del sitio desde el cual mejor habría de lucir sus ecos; y todo, sin que al pobre enfermo hubiérale sido dado cooperar a esas tareas por él iniciadas con tantos entusiasmos.

El pobre Felipe, mientras tanto, postrado en el lecho del dolor, presentía con angustia que aquellos tañidos sonoros que por primera vez pregonaban por el valle en dobles y redobles, el triunfo de la lucha por el logro de deseos tanto tiempo acariciados, aspiraciones que con la natural emoción veía realizadas todo el pueblo lleno de gozo y orgullo, iban ¡tal vez! a trocarse para él, quién sabe si en fúnebres sonatas de oración por aquella alma que parecía ya como pugnar por escapársele del cuerpo miserable, en momentos cuya llegada tanto ambicionó. ¡Oh!, ya no le cabía duda. Aquel cuerpo, aquella mole, traicionábale inmisericordiosa. Se daba por vencido. ¡No había ya remedio para el sin ventura!

Amaneció por fin el día de la fiesta titular, grande, única cual ella en el pueblo de Echábarri, anunciada desde el alba por el majestuoso voltear de la soberbia, de la magnífica nueva campana, repiques que Felipe a sus anchas quiso oír pidiendo le abrieran de par en par las ventanas de su alcoba.

Fecha de recuerdos para los lugareños; día de algazara, en el cual, de rigor era el estreno de los flamantes nuevos trajes confeccionados en Vitoria por el popular Liger (*El Minis*); fiesta solemne, obligada de gran precepto, aun en aquella época de tolerancia ante el apremiar de las faenas para la recolección de la nueva cosecha, por lo que, costumbre antigua era el que a ella concurrieran, como en masa, las *mocendades* de los lugares vecinos a aprovecharse del forzado paréntesis entre trilla y trilla, y participar de las honestas diversiones de tradición, en cuyo variado programa, seguramente había intervenido, monetariamente inclusive, el entusiasta D. Jesús, oriundo del pueblo y apasionado por él.

Ya desde la víspera, desde Ubidea llegaron los populares e incansables dulzaineros con el propósito de soplar a gusto de todos. Carpo, el mozo mayor regresado hubo de Vitoria comprador de los cohetes y chupinazos, que bien cuidadosamente custodiaba hasta el momento de la biribilqueta.

A la Casa Cural, desde la noche antes, el predicador encargado del panegírico, había venido desde lejos.

Y preparados estaban los dos juegos de bolos, próximo a uno de los cuales, según costumbre, el rosquillero de la rifa acababa de descargar los trebejos de feria.

No obstante, un gran ambiente de tristeza era notado en todas partes. No reinaba, ni con mucho, la alegría de fiesta tan gozada.

Era, que acababan de circular las órdenes para que la biribilqueta fuese suprimida; nada de músicas ni ruidos; nada de alegrías, a causa de que al enfermo Felipe, aquel hombre todo bondad, Consejero del pueblo y del Ayuntamiento, defensor acérrimo de los derechos de todos, primer cumplidor de sus deberes, iniciador de toda idea noble y generosa, habiéndose notablemente agravado en su dolencia estaba ya preparándose a bien morir, a abandonar el mundo de los vivos, como buen cristiano, fervoroso y práctico que lo fué toda su vida.....

Y tan rápidos y enormes fueron los estragos que en aquella tan férrea naturaleza el mal había hecho. Tan difícilmente funcionaba ya aquel corazón de oro, que, horas después, la campana nueva, como penetrada del dolor por la desgracia, anunciaba con angustia por el valle, cuán efímeros y fugaces son los goces terrenales, y que nada tienen de eficaz y duradero, las ilusiones que eslabonan la cadena de la vida.....